EN BUSCA DE UNA HAZAÑA - Serie Talleres Virtuales

EN BUSCA DE UNA HAZAÑA



Cuentos del taller virtual
dirigido por Cronwell Jara

EN BUSCA DE UNA HAZAÑA

Cuentos del taller virtual
dirigido por Cronwell Jara

Serie
TALLERES VIRTUALES

Primera edición digital, FCE, Perú, enero 2021

Distribución mundial

© 2020, Esther Marchán
© 2020, Julio García
© 2020, Marieta Filomeno Alves Milho
© 2020, Maritza Valenzuela Macedo
© 2020, Olger Huamani Jordan
© 2020, Raúl Mauro
© 2020, Renan Chuta
© 2020, Silvia Segovia
© 2020, Teresa Nelly Tapia Cruz
© 2020, Vicente Z.C.
© 2020, Vilma Delia Ventura Pari

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compilador: Cronwell Jara Jiménez
Producción: Productora Odiseo
Diseño y diagramación: María Adelaida Turpo Córdova
Corrección de estilo: Martín Barrera Tello
Ilustración de portada: © María Adelaida Turpo Córdova

ISBN: 978-612-4395-26-0
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-01158.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .

Índice

Presentación *8*
Prólogo *9*

Esther Marchán
MONTAÑAS DE ESPERANZA *11*

Julio García
ALGOS *17*

Marieta Filomeno Alves Milho
¡CAPTUREN AL CORONEL EMILIO VIZCARRA! *20*

Maritza Valenzuela Macedo
NEGOCIOS INÚTILES *23*

Olger Huamani Jordan
REMATE *28*

Raúl Mauro
DOS CINCUENTA *32*

Renan Chuta
ACUARELAS POÉTICAS *35*

Silvia Segovia
TODO SE QUEDA AQUÍ *39*

Teresa Nelly Tapia Cruz
EL SECRETO DEL ATOJ.....*44*

Vicente Z.C.
EN BUSCA DE UNA HAZAÑA.....*47*

Vilma Delia Ventura Pari
EL CAMINO DE LA VIDA.....*50*

Cronwell Jara

Nació en Piura, 1951. Es Licenciado en Literatura por la UNMSM. En 1983, laborando en el Instituto Nacional de Cultura, representó a Perú en el Encuentro de Jóvenes Artistas Latinoamericanos, organizado por Casa de las Américas en La Habana, donde hace amistad con Mario Benedetti y otros narradores latinoamericanos de este calibre. Viajó a Brasil en 1987, buscando especializarse en guiones de telenovelas. Ha recorrido el Perú, desde 1985, dirigiendo su TALLER ITINERANTE DE NARRATIVA BREVE invitado por diversas universidades e instituciones culturales durante estos últimos 35 años. Es autor de "Las Huellas del Puma" (cuentos), "Babá Osaím, cimarrón, ora por la Santa muerta", "Patíbulo para un caballo" (novela),"Agnus Dei" (cuentos), "Esopo, esclavo de la fábula", "Las ranas embajadoras de la lluvia, 96 relatos recopilados en la Isla de Taquile" (en coautoria con Cecilia Granadino), "Faite" (novela), "El Manifiesto de las Jodas" (176 relatos). Tiene en imprenta, por editar, una nueva novela sobre el patio de letras de San Marcos. Ha escritos poemarios y muchos cuentos para niños.

Primer premio de Cuento en el concurso "José María Arguedas" (organizado por el Instituto Peruano—Japonés), 1979, con el relato Hueso Duro; Primer Premio "ENRAD—PERU, Cuentos para TV", 1979, con El Rey Momo Lorenzo se venga; Primer PREMIO COPE de Cuento, 1985, con La fuga de Agamenón Castro; Primer Premio en la III Bienal del Cuento Infantil ICPNA 2008, con Ruperto, el torito saxofonista. Obtuvo el Premio Casa de la Literatura Peruana 2019, en reconocimiento a toda su obra.

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica, y más aún en tiempo difíciles como los que estamos pasando por la pandemia de la COVID-19. Hoy nos renovamos en todas nuestras actividades de promoción de la cultura.

El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores. El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita en medio de una pandemia, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo

He aquí los sorprendentes resultados de este nuevo Taller.

Los cuentos, en su mayoría, parecieran ser creaciones de escritores duchos. Gozan de claridad en la expresión. Tienen buen timbre. Se notan fluidos y naturales. Son verosímiles. Gustan porque poseen el encanto de haber sido bien concebidos a partir del tono y sinceridad del sentimiento. Poseen destreza en la trama, las contradicciones propias del conflicto, y las ocurrencias como las que se dan en "Dos cincuenta"; otros tienden a una extraordinaria fineza e inteligente exquisitez, como se da en el bello relato "Acuarelas poéticas"; luego, también atrapan la curiosidad del lector, tienden a un final de astucia inesperada y sorprendente, como en "El secreto del Atoj". Y

de ningún modo, por estar bien logrados, nada o muy poco quedaría por reclamarle a su autor (que no sea extender más el relato porque gustaba su historia y el modo agradable de contar). Por ello me complazco al obtenerse estos resultados. Y no me cabe sino saludarlos por haber creído en sí mismos; y, en lo expuesto y reflexionado con la mayor sinceridad, en este Taller.

Cronwell Jara

MONTAÑAS DE ESPERANZA

Esther Marchán

A la luz del ocaso, en los bordes del maloliente río hablador los buitres revoloteaban en busca de algún manjar. Mientras a unos metros un joven buscaba algo que beber entre las montañas acumuladas de restos, de sobras que todos dejaban. Su rostro, tenía las marcas de días buscando aquel elemento inservible para otros. El día se acortó, pero cubriendo su espalda con retazos de bolsas negras no dejaba de contemplar el cartón y separarlo de otros residuos.

De pronto, ahí en el botadero a cielo abierto; entre unas latas viejas los últimos rayos del sol reflejaron una botella. Se acercó de prisa, la abrió sin dudarlo, la olió y de un sorbo tragó las últimas gotas contenidas en ese recipiente. Era normal que todos los que trabajaban coleccionando desechos, beban sin miedo ese elemento tan vital que los llenaba de esperanza. Ese día, el joven había creado su propia montaña de cartones para venderlos al buitre; así le decían al hombre bien vestido que cada cierto tiempo, por las mañanas llegaba a Cantagallo para comprar todo lo reciclado y luego revenderlos al mejor postor. Así funcionaba eso, como un Carrusel de negocio.

Al llegar la noche; ancianos, niños y jóvenes con cartones y botellas sobre los hombros caminaban algunos kilómetros para ir a casa. Felizmente el hogar del joven no estaba lejos. Al llegar, guardó todo lo recolectado, tomó media jarra con agua y se duchó. El olor a podredumbre se había impregnado en su piel, solo el agua aunque escasa lo aliviaba pero renegaba; ese oficio no le gustaba y poco a poco se iba acostumbrando para lograr sus sueños.

La jornada nunca terminaba para él, una lámpara iluminaba su habitación. Como todas las noches solitarias, sacaba de su mochila unos libros y luego de realizar algunos apuntes sobre su cuaderno. Se quedaba dormido.

Con la luz del alba que reflejaba sobre su ventana, despertó. Se llevó unos trozos de pan, sorbos tibios de hierba luisa y en unas horas se encontraba en una ciudad ruidosa cumpliendo con sus deberes. Por la tarde al regresar a casa, dejaba su mochila, cubría su cuerpo con bolsas negras y caminaba cerca al río buscando cartón que se había convertido en su único sustento.

Muy cerca de aquella zona convertida en un gran vertedero, estaba la *huerta perdida*; un área muy peligrosa, iba con cuidado pues ahí cada quien había hecho su mundo. Pero existía una ley; cada uno tenía su espacio por donde debía recolectar. Había días en que reunía gran cantidad de cartones y otros días casi nada. En cambio los buitres se sentían libres volando, ellos sí podrían recoger y obtener lo que quisieran; habían aprendido a convivir sin miedo. En su soledad a veces el joven se acercaba, los acariciaba como mascotas y conversaba con ellos.

En ese ir y venir su cuerpo tenía manchas oscuras, a veces volvía a renegar y deseaba encontrar algo mejor. Detrás de la puerta estaba colgado el calendario con los días que marcaba esperando la fecha en que podría vender los cartones.

Ese día al fin llegó, El joven desde la fila esperaba y observaba ansioso cómo las personas con sonrisas dibujadas en sus rostros contaban sus dineros. De pronto oyó una voz:

—¡Hey tú muchacho!, ¿qué tienes para mí?

—Cartones, señor.

—Ponlos en la balanza.

—Bien muchacho, aquí tienes —dijo el buitre entregándole unas monedas y dándole palmadas en su hombro.

El joven caminó unos pasos, se detuvo y exclamó:

—Pero..., ¡señor me ha pagado poco!

—Eso es lo que vale muchacho; lo tomas o lo dejas. —Además, ¿para qué quieres tanta plata si aquí todos se conforman con migajas?

El joven frunciendo sus cejas y envuelto en rabia, se dirigió a la mesa del señor, respiró y le respondió:

—Aquí están sus migajas, NO las quiero.

Diciendo esto, tomó sus cartones y salió ante la sorpresa de todos.

Anduvo unos pasos, sentía sus sueños derrumbados; sin esperanza, tenía deudas que pagar, no podía contener las lágrimas pues con ese dinero solo alcanzaría para sus pasajes; Entonces caminó a toda prisa hacia la *huerta perdida* decidido a hurgar en otros espacios para juntar más cartones y regresar con el buitre para que le dé más dinero. Cuando de pronto, a la ribera del río vio a un niño con una pequeña rama tratando de rescatar su pelota; estaba a punto de caerse y ser arrastrados por las aguas turbias. *¡Eh, cuidado!,*

¡quédate quieto! Gritaba el joven. Como el niño no le hacía caso tuvo que lanzar parte de sus cartones al agua para atrapar la pelota y correr a rescatar al niño.

Quién iba pensar, que ese día cambiaría su vida para siempre, pues parte de sus cartones se encontraba empapados de aguas pútridas. Pero no le importó, se sentía aliviado; más aún, cuando la madre del niño en gratitud le contó los secretos de su oficio y juntos decidieron asociarse y vender directamente todo lo que reciclaban a las grandes empresas recicladoras. El joven estaba feliz, había encontrado un modo diferente de ver la basura; pronto su empresa creció, habían comprado máquinas enfardadoras de cartón.

Los años pasaron. Él ya no estaba solo, tenía una familia; a veces visitaba la comunidad colorida de Cantagallo quienes habían construido una selva de cemento pero sin dejar de lado sus raíces, eran los guardianes del río hablador que cada vez lucía con aguas cristalinas; donde los peces, gran variedad de aves y extensa vegetación, embellecían su caudal. Siendo tan joven había logrado sus sueños y empezó a dar conferencias en todas partes del mundo y a lugar que iba decía:

"Yo, inicié siendo reciclador y estoy frente a ustedes dando mi testimonio de lo que soy ahora. Desde muy joven quedé huérfano, con el cartón, pagué mis estudios y logré mis sueños".

ALGOS

Julio García

Desde una silente y nefasta penumbra, D. se disponía a ejecutar su maquinaria actividad: secuestrar a una mujer, atarla a una resistente silla, retratar su sometida fisonomía con una cámara de video y, por último, abandonarla en una anónima lejanía. Su único propósito era deleitarse con el terror que sus diversas víctimas reproducían con sus gritos, sollozos, ruegos y resignaciones.

Los gritos de desesperación e infinitos ruegos eran exquisitas sinfonías que, al mimetizarse en ellas, D. entraba en un estado orgiástico. El sudor que expelían sus víctimas por los constantes forcejeos para liberarse de las corpulentas cuerdas, que rodeaban sus extremidades como serpientes hambrientas, se impregnaba en toda su piel sintiéndose más vivo y lozano. Y, en una simultánea confusión con los demás sentidos, captaba el genuino sabor de la experiencia del horror. Y en ese momento, surgía en D. una iracunda lascivia que no necesitaba despojarlas ni de sus prendas ni de su intimidad, solo las tocaba con un solo dedo y en puntos estratégicos, como

si construyera sinuosos hitos para demarcar su territorialidad; pero se exigía, como un domador de bestias, controlar esta monstruosa criatura para evitar fulminar a su progenitora.

D. emprendía esta diligencia una vez por mes, en lugares no repetitivos y siempre con un previo minucioso análisis de la rutina de su próxima captura. Actuaba con perfecta cautela adquirida. Así que atacó: ella terminó en el mismo lugar, en la misma silla, ante la misma cámara y con las mismas cuerdas; pero, sin razón alguna, todo signo de reacción se evanesció y, con ello, todo solemne ritual. Sorprendido y confundido, D. se acercó a su víctima y, efectivamente, comprobó su deceso. No supo qué hacer, lo único estable era su extraviada mirada en su anodina presa; pero, luego de unos segundos, decidió asumirlo como un hecho excepcional, pues creyó que era muy probable que, alguna vez, tenía que pasarle una situación así.

Después de unos días, volvió al acecho, olvidando su fracaso anterior y manteniendo su sed carnal intacta. Sin embargo, pasó lo mismo: un exitoso secuestro —sin testigos y sin cabos sueltos— y otra súbita muerte. «¿Cómo me pudo ocurrir esta doble fatalidad y en una misma semana!», vociferó embargado de ira, dando un lacónico golpe sobre el indolente cuerpo

femenino. Estas insólitas figuras crecieron con los días, semanas, meses y así también creció su enfado, su perturbación, su insatisfacción, hasta que, agotado por este inexorable círculo, D. cayó sobre el piso, con unos agudos escalofríos —que trepidan hasta su última célula de su cuerpo— experimentando un impotente terror, tan desgarrador que nunca lo había percibido en sus víctimas anteriores.

Y desde una diminuta y sofisticada cámara, insertada estratégicamente en el cuero cabelludo de la occisa, otra persona, a lo lejos y desde su comodidad, experimentaba un inconmensurable placer.

¡CAPTUREN AL CORONEL EMILIO VIZCARRA!

Marieta Filomeno Alves Milho

—¡Ahí está! —dijo Aníbal Del Águila.

— ¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo carajo! —gritó Gregorio Tuesta a la turba enardecida, armados de sables, arpones y escopetas, junto a la tropa del coronel Teobaldo Gonzales. Habían estado asechando al coronel Emilio Vizcarra muy sigilosamente para sorprenderlo.

Desarmado y con la suerte echada, estaba allí en las Pampas de Fachín, Emilio Vizcarra, solo frente a la muerte.

—Levanten al characato — dijo con voz de mando el coronel Teobaldo Gonzales a la turba. De inmediato, lo pusieron frente a él. Las miradas de ambos se cruzaron. La de Vizcarra era desafiante.

—¡Estoy aquí para poner el orden! ¡Por encargo del presidente! — dijo el coronel Gonzales. —¡Aquí estoy, coronel! ¡Cumpla lo que vino hacer! — respondió Vizcarra, con una mirada altiva y firme, lo que convenció a Gonzales sus planes de entregarlo a la turba.

—¡Hay que amarrarlo! — ordenó Aníbal Del Águila. De inmediato, la turba obedeció la orden, cogieron una soga, lo ataron de pies y manos, y rodearon el cuello de Vizcarra con otra soga para jalarlo y así llevarlo a la plaza.

A duras penas pudo caminar los mil quinientos metros en tales condiciones. Cabizbajo y desencajado, se concentró en sus pensamientos y sentimientos mientras se decía a sí mismo: «*Malditos traidores, mientras yo les daba la mano ellos pensaban en entregarme. ¡Corrupto yo!, ¡carajo! Aquí todos estamos en la misma línea para ser juzgados por lo mismo. En estas selvas no hay piedad ni compasión por nadie».* Un suspiro profundo le salió de su pecho y pensó *«Madrecita mía debí ir a Arequipa, mi añorada tierra, cuando me pediste en tus cartas. Tal vez ya no podré verte, ni a mi mujer y mis hijos en Paucarpata»*. Sumido en sí mismo, ya no escuchaba los insultos racistas e injurias que le aventaba la turba.

Aquella mañana del lunes 27 de febrero de 1900, a diferencia del año anterior, la plaza de Armas de Moyobamba lo esperaba en silencio.

Llegó casi agonizando, con el uniforme raído y sucio, descalzo, sin sus brillantes botas negras de cuero. Si bien su recia e imponente figura y su voz de mando ya no estaban más, conservaba ese vigor en el brillo ahora furioso de sus ojos.

Entre esa multitud iracunda que lo venía acompañando desde las Pampas de Fachin, una conmovida campesina lameña se decidió a mitigar el sufrimiento del coronel. Corrió a coger una de las piedras que estaban en la plaza para golpear con ella la frente del coronel, que yacía tumbado, provocándole la muerte de inmediato. Deteniendo la violencia, el descontrol y los excesos de la turba. Todos enmudecieron al instante.

Aún aturdida por su propia decisión inspirada en el sufrimiento ajeno, la homicida bajó la cabeza y rompió en sollozos. De lejos, un soldado que la observaba, la retiró raudamente de la plaza desolada. La lluvia, que recién empezaba a caer, dispersó a la turba y a los soldados, mientras lavaba la sangre y el polvo del cadáver. A pocos metros, en el colegio San José, el director y sus alumnos, estremecidos por los sucesos, e imbuidos de filantropía se disponían a enmendar la barbarie cometida.

NEGOCIOS INÚTILES

Maritza Valenzuela Macedo

Era un pobre idiota. Acostumbrado a que el quehacer de los demás determinara sus más elementales gustos, había construido una vida abundante en objetos y pasatiempos, pero carente de todo sentido. Pasaba los días inmiscuido en sus negocios a los cuales les dedicaba gran parte de su tiempo y a menudo se iniciaba en nuevos *hobbies* que mientras más sofisticados y costosos eran, más atractivos los encontraba. Asistía a cuanto evento cultural lo invitaban, pero no porque ello le importara, sino porque los consideraba oportunidades sociales o de negocio. Selectivo, exigente, exquisito, así se sentía Camilo con relación al resto de sus congéneres. La vanidad lo había asediado siempre. Tal vez sea por eso que terminó casado con Glenda.

—Aló— dijo Camilo, para luego enmudecer por completo. Cincuenta años de su vida debieron pasar por su mente en el corto tiempo que duró la llamada. Glenda, al ver la cara de su marido, se quedó quieta y alerta. Camilo cortó sin despedirse y al tiempo que lanzaba el celular sobre el sofá dijo con voz profundamente grave: —¡Ja! ¡Se pasó de vueltas el Cholo!,

sobredosis — Sacó la cajetilla de cigarros del bolsillo de su casaca, encendió uno y tras una larga bocanada de humo que botó lentamente, siguió—: ¡Estaba fregado!

—¡Ay, amor! Estuvo fregado siempre —replicó su esposa, repuesta ya del susto, mientras se ponía el pijama —Lo raro es que no haya ocurrido antes, ya estaba quemado el pata… mañana llamo a la Coti para que te prepare un arreglo. Pásame los datos del velatorio y su nombre. ¿Cómo se llamaba? ¡Qué horror, tantos años y ni idea! —dijo, mientras soltaba un esbozo de risita sarcástica.

La noche fue larga. Sintió la cama como un témpano de hielo y a Glenda más ajena que nunca. Se levantó sin hacer ruido y caminó desde su dormitorio, por el largo pasadizo de grandes ventanales, hacia el balcón. En el trayecto se detuvo en la puerta del dormitorio de su hijo, el niño dormía con el rostro distendido, diáfano, casi con una sonrisa en los labios… Debió asaltarlo una pregunta: ¡Qué pasó!

Al llegar al balcón abrió las dos puertas; el aire frío de la noche golpeó su rostro y la persistente garúa de invierno caía con una pavorosa monotonía, tal vez solo similar a la de su vida. Debió haber

pasado unas horas a la intemperie bajo el único cobijo de la sombrilla y los recuerdos. El pasaje de la calle Urteaga, una calle de barrio de clase media, su barrio, se le representó como el escenario de una vida feliz. Recordó esa mañana calurosa de febrero cuando llegó el Cholito, Agustín. Tendrían ambos ocho años. Llegó con su familia desde Cajamarca, "a probar suerte en la capital", decía su padre, y se instalaron a dos casas de la casa de Camilo a vivir con los abuelos. Era el menor de seis hermanos y el único moreno, de ahí el apodo de Cholito. Desde ese día y para siempre, mientras duró la infancia y la adolescencia, fueron inseparables. Recordó también cuando escucharon por la radio la lista de los ingresantes a la universidad. Leyeron "Camilo Álvarez Seminario", pero el nombre de Agustín nunca se leyó. Perturbado por el recuerdo de esos años universitarios que separaron a los amigos, encendió un cigarrillo tras otro y entre pitada y pitada tragó toda la culpa del abandono.

Al día siguiente llegó temprano al velatorio. Entró en la sala fría, el ataúd en medio de la capilla ardiente velado por dos mujeres que rezaban el rosario. Se paró detrás de ellas, sin hacer ruido y se unió en silencio a la larga letanía de avemarías. Se distrajo, sin notarlo, en los dedos de la mujer más joven que

avanzaban de cuenta en cuenta. No eran las manos tersas de Glenda, eran similares a esas que lo habían curado y lo habían acariciado a lo largo de su niñez. Eran las manos del amor.

—¡Camilo! —exclamó con voz de sorpresa Cecilia, la única hermana mujer de Agustín, que al terminar de rezar el rosario había volteado. Al oír el nombre de Camilo, volteó también la anciana.

—¡Señora Celia! —dijo Camilo y la abrazó para expresarle cuánto sentía la muerte de su amigo.

—¡Hijito! —le dijo una vez Camilo la hubo soltado— ¡Cuántos años! ¡Ya no te acuerdas de los pobres! —replicó, al tiempo que sujetaba las manos de Camilo— Míralo, ahí está —señalando con la mirada a Agustín— te quería mucho —le dijo y soltó las manos de Camilo para secar delicadamente sus ojos con un pañuelito de algodón bordado, percudido por los años—. ¡Se fue mi conchito! Mi único consuelo es que me iré pronto con él —le dijo y no pudiendo contener el llanto se refugió en el pecho de Cecilia.

En el ataúd, Agustín dormía con el rostro distendido, diáfano, casi con una sonrisa en los labios. La mirada perdida y el ánimo perturbado de los últimos años se habían esfumado. Ahora dormía en paz.

Camilo respiró hondo y salió rápido del velatorio con el celular entre las manos. Veinte mensajes en el grupo de WhatsApp "50 años Manu". Escribió: "ja, ja, ja, nos vemos en un rato". "¡Chela fría, *par favaaaar!*". Subió en su camioneta y al tiempo que arrancó dijo:

—¡Aló, Gonza!… Saliendo de un velorio... Oe, mi moto OK. ¡Mañana somos, ah!, ruta San Bartolo —era el mediodía y un tenue brillo solar iluminaba la pista.

REMATE

Olger Huamani Jordan

8:00 p. m. de la noche, la luna es imponente, brillante y excelsa. Frente a ella Prudencio Florián entierra su talón en cada paso, y sus piernas empiezan a temblar. Las miradas del gentío se apoderan de su extraño triciclo, de sus piernas trepidantes y del gran bulto que yace frente a todos. Dos policías, con rostros adustos y miradas inquietas se aproximan a lo lejos. Al llegar con tono altivo e inquietante le solicitan su DNI.

—Buenas noches, caballero, ¿me permite sus documentos? —indican con rosto mezclado entre curiosidad e inquietud.

Esta mañana siente que su cuerpo ha mutado, su mano la siente más fría, tupida de callos y movimientos que no tienen cuándo acabar. La ventana azul ya no tiene el mismo tono, quizá las intensas lloviznas han desnudado los colores no solo de su ventana, sino de todo lo que representa su casa: un amasijo de recuerdos y objetos que la historia olvida. De toda su casa, lo único que podría considerar de valor está a un metro bajo tierra y lo llevaría lejos de esa ciudad que odia y ama de alguna forma. Piensa que puede venderlo

pero si alguien lo descubre sería su fin. Ha pensado en ello desde hace meses, pues la tentación es grande. Sin embargo, no puede venderlo. No está permitido, no es legal. Por otro lado si lo hace podrá cumplir su sueño: comprar un terreno en una provincia y vivir los últimos años de su vida, rodeado del verdor del campo y la tranquilidad de la vida bucólica. Mira su techo y decide arriesgarlo todo.

9:50 p. m. de la noche y la vida misma se asoma por las calles, las personas se despliegan sin sentido aparente. Observa en cada uno de ellos silencio, parquedad y angustia. Sigue desplazándose por las calles de la Av. Tacna. Su triciclo destartalado chilla, quizá sean los frenos, los aros oxidados o sus mismos huesos erosionados por el tiempo. Lleva consigo bronce, libros, huacos y cosas que puede vender al mejor postor, pues la idea es rematar todo lo que sea necesario para recuperar lo que ha invertido. Junto a los objetos está ese bulto, tan extraño pero valioso –recuerda el proceso que tuvo pasar, soportar el hedor y moho que despedía, pese a tenerlo varios meses oculto–.

Lo guardó en un saco de rafia y con sigilo cubrió el hoyo. Ahora se dirige donde Fernando, un amigo que prometió darle una buena suma, pues según él tenía un comprador extranjero dispuesto a dar lo que

sea. Eso a él no le importa, solo quiere su dinero y punto. Sus sueños estaban por cumplirse. Todo tenía que salir bien.

Al llegar a la Av. Tacna se encuentra con una redada.

Sintió un ligero temblor en las piernas; sin embargo, sus manos se mantuvieron firmes. Siguió por las calles contiguas para evitar a los policías o alguna persona que pueda preguntar qué era ese bulto que tenía en el triciclo. Su respiración se asentaba con las cuadras. Ya está cerca, solo quedan unas cuadras más hasta llegar a la plaza Francia. Su desplazamiento cansino hace que los conductores lo pifien, le digan improperios. Sigue mientras una larga cola de autos suena el claxon para que avance más rápido, sin embargo, no puede, sus manos empiezan a temblar. Está a pocos metros y un miedo repentino, nunca antes experimentado, se apodera de él. Sabe que si lo atrapan sus sueños podrían desplomarse y estaría otra vez detrás de las rejas por muchos años, para siempre.

Al llegar a la esquina del Jirón Rufino Torrico siente un sudor frío y sus articulaciones empiezan a crujir a cada paso, como todas las noches de largo

recorrido. Siente las voces a lo lejos, “¡avanza, idiota! ” o “¡muévete a un lado y deja avanzar! ”. Siente una voz que lo asalta por la espalda.

—Señor, levante las manos. ¿Qué es lo que lleva en ese triciclo?

Sus labios apenas podían decir palabras, sus manos temblaban con más fuerza y solo atinó a cerrar los ojos y a levantar las manos.

El policía levanta la colcha vieja con la que cubría ese objeto, luego con sigilo abre la bolsa de rafia. Seguía teniendo el mismo color, pese al tiempo que estuvo bajo tierra. Las telas todavía expedían un olor extraño. El policía a medida que revisaba el objeto fue asintiendo como si hubiera encontrado algo que buscaban por mucho tiempo. Su mente se puso en blanco, solo imaginó por un momento su casa hermosa en el campo, rodeado del verdor de las lomas y los árboles tupidos de frutas. A unos metros escuchaba los gritos de sorpresa e improperio. A unos pasos retumbaba la voz del policía que desvanecía su sueño, su último sueño.

—¡Me copian! ¡Necesito apoyo! —Hemos encontrado la momia que se robaron del museo.

DOS CINCUENTA

Raúl Mauro

Esa tarde me quedé observando como, una vez más, otro taxista rechazaba llevar aquella humilde anciana que esperaba algún alma caritativa le ayudara a llegar a su destino con todos sus paquetes.

Decidí pues realizar mi buena obra del día. Arranqué el auto y doblé hacia el cruce de Abancay con Colmena y me dije que, si me ofrecía cinco soles por un tramo corto, le haría el servicio sin chistar.

Entonces me detuve delante de ella. La señora tenía un par de bolsos grandes a su lado sobre la vereda. Su aspecto desaliñado dejaba entrever que acaba de llegar de viaje y que en verdad parecía estar en apuros y sin los cobres suficientes para trasladarse con tales bultos.

–¿A dónde va abuelita?
–Plaza Dos de Mayo...– replicó entre dientes.
–¿Cuánto paga hasta allá?
–Dos cincuenta...

–No sea mala abue, cuatro soles y la llevo... ¿Qué me dice?

–Dos cincuenta... sino pase, pase, pase nomás...

Me sonreí por el desdén sin tregua de la abuelita. Pero me prometí no darme por vencido a mi promesa inicial. Así que la observé y me dije, ¿Por qué no? La animé a subirse. Me di cuenta que necesitaba ayuda, así que prendí las luces de emergencia y bajé para ayudarle a subir los bultos. Mi escarabajo no es espacioso, pero es una máquina de guerra que me había ayudado a sobrevivir tantas crisis y desgracias.

Con ese auto, pagué el entierro de mi viejita. Con ese auto pagué mi diploma de licenciatura. Con ese auto, me casé e hice crecer a mis hijos. Ambos son profesionales ahora y a toda honra. Uno de ellos en el extranjero. Ilegal, pero tiene una buena chamba allá. Este es el tipo de historias que me gusta contar a mis pasajeros.

Ellos también me cuentan las suyas haciendo pues de mi escarabajo, el consultorio ambulante perfecto para un psicólogo frustrado como yo. El problema es

que cobro sólo por el transporte. La catarsis es gratis. Pero la tía que llevo atrás no la veo con ánimos de decir una sola palabra.

Cuando por fin llegamos a la Plaza Dos de Mayo, me estacioné en el lugar menos caótico posible. Repetimos el trajín, pero esta vez para bajar los paquetes y ayudarla a bajar a ella también.

Entonces ocurrió lo inesperado, cuando extendí la mano para que me pague. Ella metió su mano entre las polleras mientras balbuceaba...

Y dejó caer dos monedas de cincuenta céntimos.

–Viejita, 2 soles 50 me dijo usted...

–No señor, dos cincuenta le dije...

–¡Caramba! todavía eres brujita para enseñar lecciones.

La señora me dejó allí parado y de una pieza sin mediar respuesta, con mi sonrisa torcida y congelada ante tan escueta despedida.

Me pregunto si volveré a ser caritativo una próxima vez...

ACUARELAS POÉTICAS

Renan Chuta

Era una larga noche y empezó lo macabro, recorría mi piano saltando en clave de sol y clave de fa.

Hoy es el día en que mostraré ese sótano, las llaves lo sacaron del vientre de mi perro enterrado hace 10 años a lado del manzanal. Toda la familia huyó al extranjero buscando asilo a tamaña persecución penal por el Ministerio Público.

Había viajado hace un año a París Francia y desde una arista pinté con gran maestría la torre Eiffel en navidad; al día siguiente seguí avanzando a la ciudad Champagne a pintar con poesía y pigmentos azules en estilo surrealista.

Al cabo de dos días, aterrizamos en Malasia y con acérrima prisa, a la velocidad de la luz, me instalé y empecé acuarelear, en este tour de paisaje urbano, las Petronas de Kuala Lumpur.

Todo era felicidad, respiraba acuarelas, los clásicos en piano eran latidos de mi corazón y mi mente estaba en mi protagonista de mi poesía. Saltaba, reía y

jugaba a los empujones a lado de la niña de mis sueños. Nuestros almuerzos casi siempre fueron a pedidos. En Francia comimos la paella española, el Malasia yo pedí un carpaccio de langosta, mientras ella se equivocaba en sus pedidos y nos experimentaba que el solo nombre no conlleva a la delicia.

En un par de días y sobre un crucero de notas musicales llegamos a Japón y asistimos al Sapporo Snow Festival, cenamos sopa ramen con palitos que siempre se lo prometí cuando nos conocimos en nuestra vida universitaria y patinamos sobre hielo desequilibrando y cayendo. Al día siguiente subimos al templo *Kiyomizu dera* y logré acuarelearla con extremado hiperrealismo, era en definitiva un sueño dualista donde los cristales poéticos se conectan con la mirada. Saltábamos sobre poesías a colores y notas musicales en tercera dimensión, corríamos a carcajadas sobre el alba y en gatos mariposa. Y nunca hicimos abstracción del resultado.

No entendí por qué la reconstrucción de los hechos sería de noche, si como buen acuarelista formado en la Ciudad Blanca, prefería de día y en la sombra para que mis pigmentos sobre cartulina y con técnica húmedo sobre húmedo, consigan fusionarse en veladuras hiperrealistas.

Estando todo en orden la diligencia del Ministerio Público, los agentes ya con la llave colonial de quince centímetros, arrojaron las palas y procedieron a abrir el sótano, estaba oscuro y empolvado cada lugar, había silencio y eco.

Yo descendí primero por la gradería crujiente, como guía de los uniformados, y llegando al suelo firme me dirigí a mi piano, eso fue lo que convenimos con el fiscal; o, basado en el principio acusatorio contradictorio, usaba mi derecho a guardar silencio; y empecé con mis clásicos. Yo regresé a este lugar un año después de recorrer el mundo pintando, porque necesitaba mi música poética.

Los agentes de la diligencia quedaron estupefactos, no solamente porque encontraron más de un centenar de acuarelas de paisaje urbano, retratos y propuestas hiperrealistas, sino que no tenía sentido restringir su derecho a la libertad a este sujeto que toca al piano magistralmente y pinta de oficio.

–Hay armonía y composición en este lugar, no quiero irme de aquí señalaron dos agentes del orden.

–Maestro Veneno, regálame este retrato dijo otro uniformado – quería mi poesía. En ese instante quise estallar.

Mientras los uniformados realizaban sus protocolos y a medida que iba abordando la cuarta pieza musical *spring time*, me eché a llorar y recordar ese cuadro, ese mural de cielo raso en alto relieve con técnica mixta y de proporción aurea; pintura híbrida entre el surrealismo por las vísceras del abuelo que vendió el retrato de mi poesía e hiperrealista por la sangre disuelto con lágrimas.

Y en un momento de incontención grité a los agentes bañado en lágrimas de poesía como un niño inconsolable

–Hey, ya basta de distracciones. Miren el cielo raso, ahí está a lo que vinieron y seguí tocando *river flows in you*.

TODO SE QUEDA AQUÍ

Silvia Segovia

Las olas en el Puerto Inglés cubrían al sol, estaba anocheciendo. Las parejas se habían alejado de la barandilla que daba hacia el lado de la playa. Y nosotros nos dirigimos hacia la carretera. El hombre que nos había estado observando desde hace buen rato, se nos acercó con el rostro desarmado, cortándonos el paso.

—¿Quieren plomo? —y la incertidumbre se apoderó de nuestros rostros.

Hacía buen clima en la mañana, medianamente despejado y vientos fuertes, era invierno. Desde la placita de Ilo me cobraron cinco soles hasta Puerto Inglés. Martín aún no salía del trabajo, por lo que, fui sola a ver el atardecer desde allí. Era nuestro quinto viaje juntos y el segundo a Ilo, empero no se trataban de vacaciones. Como la anterior vez, lo mandaron a Ilo para controlar como se iba manejando la empresa de su padre en la región, la sucursal central estaba en Arequipa.

Martín y yo, habíamos llevado una relación muy agradable los primeros años; mientras me preparaba para ingresar a la universidad, él ya estaba adentro. A veces, se escapaba de la u y nos íbamos a caminar

lejos. Conforme pasó el tiempo, cada quien hizo camino por su lado. Él se fue a Lima para no heredar la empresa de sus padres y lo esperé un largo año, donde las caminatas fueron el único consuelo del recuerdo. No era tan mala la distancia, no para mí, me visitaba en ocasiones. Al regresar a Arequipa, resignado por no cumplir lo que se había propuesto, aceptó hacerse cargo de la empresa y estudiar administración. Desde entonces, nuestra relación, se tornó melancólica, sostenida nada más que por un pasado juntos y rasgado de engaños. Ya no éramos algo que tuviese nombre y a él tampoco le importaba tener uno.

El intento de detener aquella situación, me hizo realizar este viaje con él. Nos instalamos en los cuartos de huéspedes de la empresa en Pampas Inalámbricas. Sin embargo, ambos, éramos lo mismo que en Arequipa, su actitud no cambió, solo el paisaje. En las mañanas desayunábamos en Miramar, él iba al trabajo y yo me quedaba caminando por la zona. Por entonces, la biblioteca Luis Valcárcel recién entraba en funcionamiento y prestaban los libros para leer en sala con el único requisito de dejar el DNI. Conseguí algunos buenos libros, el viaje parecía no ser totalmente en vano.

Después un almuerzo ligero en el mercadito, tomé un taxi hasta Puerto Inglés. Era una playa cercada por rocas, daba la apariencia de ser una gran piscina. Al llegar, solo encontré algunas parejas, en la orilla los perros jugando y un muchacho arrojándose al mar desde el peñasco a mi derecha. En mi anterior visita era verano, el cielo estaba despejado, agradable, pero no se comparaba a un día de invierno con nubes que dejaban entrever al sol. Martín salía del trabajo 5:20 pm, supone que vendría por mí. ¿Llegaríamos a ver el atardecer, juntos? Si llegaba antes de que el sol se ocultase, significaría que aún había esperanza para nosotros. Podíamos volver a intentarlo, eso creía.

Un perro maltón se acercó hociqueándome el pantalón mientras tomaba fotos. Con un puntapié tiré una piedra en dirección al mar y el perro se metió, de alguna forma nos divertíamos en ese juego. Hasta que, a lo lejos, en el horizonte empecé a divisar una lancha acercándose. Le tomé varias fotos hasta tenerlo casi al frente. De pronto, sin percatarme, me encontré sola, las parejas habían desaparecido, el muchacho y hasta el perro. El sol estaba a la mitad de esconderse por completo. Los dos hombres dentro de la lancha empezaron

a bajar algunas redes y yo seguía con las fotos ingenuamente. Pasaron algunos pocos minutos y apareció un hombre en lo alto de la carretera que se me quedó mirando fijamente, sentía sus ojos en mis espalda. Llegó Martín, él entendió inmediatamente la situación e intentamos retirarnos para evitar cualquier problema. El hombre nos bloqueó el paso con un arma en la mano:

—¿Qué has tomado con esa cámara? —Me dijo.

Y contesté:

—Nada, el atardecer.

Su voz cambió de tono tratando de ser amigable sin dejar de oírse amenazante, dirigiéndose a Martín:

—Amiguito ¿esto se queda aquí, verdad? Y se podrán ir tranquilos.

—Sí, sí, no vimos nada, todo se queda aquí —repuso Martín mirando directamente al hombre, luego desviando su mirada hacia mí y reafirmando—: todo se queda aquí —y tras insistirnos unas cuantas veces más con la misma interrogante el hombre nos dejó ir. Regresamos a pampas Inalámbricas, sin ninguna palabra en el trayecto.

A la mañana siguiente, antes de ponerse el sol, tomé mis cosas y fui sola a tomar el primer carro con destino hacia Arequipa. En el camino a casa todo era blanco, la niebla había invadido la carretera, dándole un apariencia de extrañez, el silencio era solitario; pero, sobre todo, reconfortante.

EL SECRETO DEL *ATOJ*

Teresa Nelly Tapia Cruz

Hace mucho tiempo, el *atoj* no perseguía a las gallinas ni asustaba a los pastores. ¿Recuerdan que Arguedas nos contó que cuando el zorro glotón cayó del cielo y reventó contra el suelo, se esparció de su panza la quinua, cañiwua y todos los granos que conocemos hoy? Sin embargo, ¿qué ocurrió después? Ahora les contaré lo que no nos dijo Arguedas.

Nuestros hermanos del Ande habían quedado encantados con la quinua y demás manjares de los dioses. Los servían en sus banquetes. Los hijos del *atoj* y otros animales también querían comer, pero los humanos querían los granos solo para ellos y los espantaban con palos y piedras. Los zorritos estaban molestos porque fue su papá, el *atoj*, quien, por glotón, había traído la quinua y demás granos a la tierra. Entonces, decidieron espiar a los humanos.

Un día vieron a los campesinos que daban granos a las gallinas. "¡Darles granos a las gallinas en lugar de nosotros!", exclamaron indignados. "Nos llevaremos a las gallinas y les quitaremos su grano", decidieron los zorritos. Todos, menos el zorrito mayor

quien, reflexivo como era, decidió visitar primero a la bruja *Achakay* y pedir su consejo.

"¡Oh, bruja, queremos recuperar los granos que nos quitaron los humanos, pero ellos son más grandes!", pidió el zorrito mayor. "Jaja, no podrán quitarles los granos porque son regalos de los dioses. Si hago lo que me pides, los dioses me matarían. Pero los ayudaré a capturar a las gallinas", respondió la bruja. "¿Para qué queremos las gallinas? Nosotros no comemos gallinas", bramó ofendido el zorrito mayor. "Tu orgullo es inútil, *atoj*. ¿Acaso no tienen hambre? Será como un trueque. Tus granos por sus gallinas", susurró la bruja. El zorrito esta vez se quedó pensando. Un trueque. *No parecía un mal plan.*

Regresó con su jauría. Meditó toda la noche. Al día siguiente, volvió con *Achakay* y aceptó su idea. La bruja le dijo que les daría un poder para que los humanos no les impidan llevarse las gallinas. A cambio, los zorros perderían su fuerza. "Hay que ser justos", explicó la bruja. En realidad, *Achakay* quería la fuerza del zorro para usarla en sus pócimas, pero eso no se lo contó.

El zorrito mayor retornó con su jauría y les explicó su plan. De mala gana, los demás zorritos acepta-

ron. El hambre era más fuerte. Acudieron sigilosamente a una granja. Había un hombre dando granos a las gallinas. El zorrito mayor se acercó y se robó una gallina. Las demás gallinas cacareaban desesperadamente. El hombre volteó y al ver al zorro llevándose la gallina, agarró un palo para golpearlo. El zorrito mayor lo miró y éste quedó paralizado. Feliz, el animal se fue con su presa. Los demás zorritos quedaron maravillados.

De regreso a su cueva, uno de los zorritos vio en el campo a una muchachita que pastoreaba sus ovejas. Se alejó del grupo e, imitando al zorrito mayor, se acercó sigilosamente a las ovejas y se abalanzó sobre una de ellas. La pastora trató de golpearlo con un palo, pero él la miró fijamente. Ella quedó hipnotizada. El zorrito menor se alejó riéndose, pero no vio al enorme perro pastor que venía hacia él y que le dio una buena tunda. El zorrito no pudo hacer nada: había perdido su fuerza.

Desde entonces, el *atoj* caza gallinas y ovejas, pero ya no son amigos de los perros, de quienes más bien huyen. Y tampoco hay pastor que pueda resistirse a su poder hipnótico.

EN BUSCA DE UNA HAZAÑA

Vicente Z.C.

El balón detenido en el punto de penal. Miras hacia el frente, a tan solo doce pasos, está la portería. Te hincas con una rodilla sobre el suelo y anudas con fuerza los cordones de tus botines color fuego. El arquero rival ajusta el velcro de sus guantes creando un cierre casi hermético, a pesar de sus largas extremidades y buenos reflejos, reconoces que no es invencible. Hace pocos días estuviste sobre el mismo campo de fútbol y practicaste varios disparos, ésta vez no es un ensayo.

Estás a segundos de hacer a tu equipo campeón, tal como aspiró tu padre varios años antes, la vida da segundas oportunidades, a veces en diferentes generaciones, de seguro hoy él te acompaña desde el cielo.

Te haces viejo para el juego, a tus treinta y tres años necesitas de algún logro del cual vanagloriarte; los trofeos, los reconocimientos o la cantidad de goles son importantes en tu carrera. De ganar el partido y con el dinero que te prometió el presidente del equipo, planeas junto a tu esposa abrir un negocio, ella ya encontró un local en el centro de la ciudad.

Eras consciente de la posibilidad de que alguien te cometiera falta en el área chica, ahora es el momento de traducir tu experiencia en confianza, y tu confianza en una ejecución certera. En este juego, como en muchas cosas en la vida, el desenlace depende de un único evento. Anotar el gol y salir victoriosos, serán tus hazañas. En tu mente ya decidiste la trayectoria del balón: disparo elevado al lado izquierdo del arco.

La prensa toma instantáneas, los paramédicos atentos sostienen la camilla y el botiquín, mientras que policías uniformados resguardan los accesos. En las tribunas no quedan espacios libres; el evento reúne a pobladores de lejanas barriadas y hasta de exclusivas residenciales; niños, jóvenes y adultos; mujeres y hombres; humildes vendedores de feria, reconocidos empresarios y políticos.

El árbitro hace sonar su silbato, es el momento de concretar el disparo, los espectadores se levantan de sus asientos y enmudecen, corres hacia el balón y conectas con el empeine derecho de lado, el tiempo parece alongarse, el arquero se lanza hacia la derecha, mientras el esférico resistiéndose a la gravedad va al lado contrario, preparas tus pulmones para gritar un inminente gol. A escasos metros de la portería, el balón resulta elevarse

aún más, entonces lo ves acariciar el travesaño superior y perderse fuera del campo. Los siguientes segundos de juego se convierten en una película borrosa, con reproches, insultos y desatinados comentarios.

Como todo evento protocolar, el partido acaba y tu equipo regresa a los vestuarios. Escuchas a lo lejos al entrenador y la plana directiva. En el interior de tu cabeza, un sinfín de pensamientos colisionan entre sí. Tomas un baño de agua tibia, te vistes y vas a reunirte con tu familia que espera en el auto. Normalmente eres un tipo alegre y muy hablador, pero esta tarde te iras temprano a la cama sin decir ni una sola palabra.

EL CAMINO DE LA VIDA

Vilma Delia Ventura Pari

Era una tarde como aquellas que no se olvidan, fresca con aroma a flores de rosas y gardenias. Él se acercó lentamente con un tulipán en su mano derecha por un momento pensé que el tiempo se detuvo, a su vez la mirada acompañaba una sonrisa que desbordaba perfume de amor y sus ojos almendrados brillaban como las estrellas de la noche.

Pensé que era el paraíso donde él y yo vivíamos en paz y amor, pero él me abrazó desvaneciéndose en mi cuerpo como la niebla del amanecer.

Suspiré, transportándome al mundo artífice de la realidad. Cuando de repente escuché un grito que decía:

–¡Está muerto! –corrí en dirección a la puerta del patio, era mi fiel mascota koth, estaba tendido en el patio a lado del jardín de las rosas. Fue desgarrador escuchar el llanto de mi hermana, hizo que mi cuerpo se estremeciera y las palpitaciones de mi corazón se aceleren. No soporté el dolor, salí corriendo de la casa. Era

como una zombi caminando en las calles de la ciudad, por segundos me parecía que estaba sola languideciendo de dolor; koth, era una mascota especial en mi vida.

Sin darme cuenta llegué al árbol de los deseos, luego lo abracé fuertemente y cerré mis ojos. Quería estar sola, ¡muy sola! pero también sentir la energía de otro ser.

De lejos observé un niño de piel blanca como la nube, de cabello oscuro, ojos almendrados, mirada triste y profunda que no dejaba de mirarme, me acerqué a él y pregunté:

–Niño ¿a quién buscas? –y no me respondió. Reiteré la pregunta:

–Niño ¿a quién buscas? –lentamente movió su boca y con ojos llorosos me dijo:

–Busco a mi mamá –su voz fue desgarradora, por un momento mi cuerpo se paralizó, mi piel se palideció. Esa voz me recordaba alguien, me decía, quizás a mi niñez, me pregunté, pero sus ojos me recordaban a él.

El niño corrió hacia la calle sin fin, era un sentimiento indescriptible observar sus ojos almendrados y escuchar su voz cándida.

Habían pasado varias horas y decidí retornar a casa. Cuando llegué no había nadie en ella, era un silencio sepulcral, al mismo tiempo el perfume del jardín de las rosas invadía el hogar.

Escuche risas y ladridos, presurosa observé de la ventana al niño de los ojos almendrados jugando con koth. Ambos desbordaban alegría.

Salí presurosa al patio y ellos desaparecieron, no podía entender donde se habían escondido. Sonó la puerta e ingresó mi madre y dije:

–¡Mamá! ¡Mamá– repetí dos veces, pero su silencio martillaba mi corazón. No comprendía su indiferencia y desdén.

Fui de tras de ella con el corazón desgarrado y le decía:

–¡Mamá, escúchame! –Ella ingresó a su cuarto y se encerró. Entendí que deseaba estar sola. Sumergida en la tristeza caminé hacia mi cuarto preguntándome

¿qué le molesta a mi madre? No podía comprender lo que sucedía. Ella era una madre ejemplar y amorosa con sus hijas.

Escuché unos pasos cerca de mi puerta, era ella ¡mi madre! Ingresó silenciosamente al cuarto en dirección a mi tocador, cogió la foto y dijo:

–Han pasado tres años, pero parecen tres días. Cómo quisiera regresar a ese día para abrazarte, mi amada Yosela; ahora están juntos.

Sus palabras me sorprendieron y mis lágrimas cayeron como el rocío de la mañana, me acerqué a ella para abrazarla, al mismo tiempo mi cuerpo se sumergió en ella y su calor de madre me llevó al finito de la luz, ahí estaba el niño de los ojos almendrados y koth. Ahora entendí el lazo del amor de una madre y el amor de un hijo.



Serie
TALLERES VIRTUALES

ISBN: 978-612-4395-26-0